



La señorita Acracia las detestaba. Decía que todo lo lían y todo lo embrollan y que son, en definitiva y conclusión, unas biliosas; unas amargadas enredadoras que con sus una que si aquí me alargo, otra que si allí me elevo, aquella que si me quedo en suspenso, la de más allá saturada de ironía y aquella otra con cara de mosca muerta haciéndose la tonta con su tono inocente, eran todas muy falsas y muy engañosas y que no debiéramos las personas de bien tratarnos ni con ellas ni con sus sílabas ni con sus acentos ni con sus mayúsculas ni con sus diéresis ni con su nada.

Que lo decía, con poquísima delicadeza, sin cortarse ni un pelo delante de ellas mismas, que allí, con sus vestiditos y sus pamelitas con puntillas, aguantaban en fila y orden alfabético¹ el chaparrón lo mejor que podían haciendo, las infelices, verdaderos esfuerzos para no venirse abajo y deshacerse en lágrimas aduciendo — entre moquear y muchos hipoes que no servían más que para irritarla aun más hasta el punto de sacarla de sus casillas y gritar “¿pero os dais cuenta de cómo no callan?” — que ellas no eran responsables de su ser y sólo víctimas desdichadas de “nuestro propio karma” que habrían de soportar, se lamentaban, mientras el mundo fuera mundo.

Al final tenía que venir el director y hacerla entrar en razón “porque, Acracia, entiéndalo, necesitamos aun con todos sus

¹ [Ver aquí](#)

defectos las palabras”; y a regañadientes la señorita terminaba por ceder y, “bueno, que se queden” pero, que por favor, no quería una sola insubordinación entre las esdrújulas, ni ninguna pálida entre las llanas ni que, entre las agudas, se le colase de rondón o de perfil ninguna flaca.